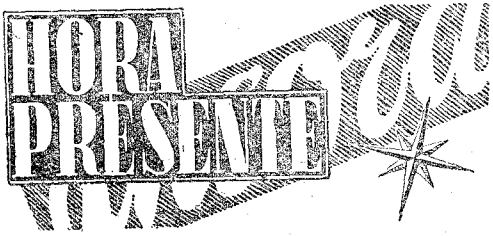


ancora

SAN FELIU DE GUIXOLS - 18 JUNIO 1959

NÚM. 586 AÑO XII

La verbena y los petardistas



Estamos en vísperas de San Juan. Como cada año en estos días hay dos signos que nos lo advierten sin necesidad de mirar la hoja del calendario: La recogida de trastos combustibles por la chiquillería y la explosión de los primeros petardos en la calle. Dos actividades que preceden a la verbena aunque se realicen bajo su amparo.

La primera, a decir verdad, empezó ya algunas semanas antes. En esto, excepcionalmente, los niños son previsores. Entablan una singular competencia, entre los de uno y otro barrio, para lograr un mayor acopio de enseres inservibles destinados a las tradicionales hogueras.

Yo no sé como se las apañan para guardar tanto cachivache ruinoso durante tantos días. Deben tener sendos escondites donde almacenarlos por cuanto no se ve por ninguna parte el fruto de su recolecta. Lo cierto es que no paran de mendigar de un lado para otro la dádiva de algo inservible para su respectiva hoguera. Se organizan en bandas según el barrio a que pertenecen. Cada una trabaja por su cuenta y procuran adelantarse entre sí para adquirir mayor cantidad de material combustible.

Al llegar la noche verbenera sacarán todo su botín a la calle, o a la plaza, en el lugar previamente designado por los mayores (en ese aspecto si que interviene la opinión adulta) y con singular destreza y diligencia bastarán su fantástico castillo dispuesto para la «cremá», como dicen los valencianos.

Al atardecer del día 23, cuando en el cielo aparecen las primeras estrellas y en la ciudad se encienden las primeras luces se reúnen entorno al

montículo y con gran alborozo le prenderán fuego. Es el momento de la gran ilusión, el instante esperado durante tantos días y por el cual han trabajado con tanto ahinco. Las llamas van prendiendo desde la base hacia arriba hasta convertirse en un cono igneo de variadas reverberaciones. Ellos le dan vueltas y más vueltas, van de aquí allá, inquietos y expectantes, satisfechos de su obra. Poco saben ellos del significado de esas hogueras. Ni les importa saberlo. Lo que les atrae y maravilla es el rojizo fuego de las llamas blandiendo el aire, cual banderas victoriosas. Y para acrecentar aun más su interés y hacer más intenso el gozo que les embarga, lo amenizan con cohetes, petardos y toda la gama de artificios fabricados adrede para esas fiestas. El cielo se rasga con bengalas multicolores, y la noche, ya entrada, se convierte en una apoteosis de luces, estallidos y algarabía.

Esa es la parte sonriente, alegre e inocente de las verbenas. La que merece el general beneplácito del público. La única que debería privar en esos mágicos atardeceres de vigilia festiva.

Pero como ocurre en otras tantas expansiones populares de noble intención, tiene también esa sus perturbadores. Los que se arriman a su tutela para malograr su belleza. Los que no satisfechos con la gracia inocente de lo lícito, y por todos aceptable, quieren poner su nota discordante en el regocijo infantil, y lo que es, y debe ser, una magnífica demostración de júbilo popular lo aprovechan para satisfacer sus alocadas intenciones.

A esos lo único que les importa es el ruido desorbitado, las explosiones a deshora y el molestar al prójimo como sea y en todo momento. Son los alborotadores habituales, los gamberros verbeneros. Los que obligan a las autoridades a dictar normas prohibitivas y que ponen su parte de disgusto a unas fiestas en las que sólo debe reinar el orden y la alegría para todos.

Xavier

Sintonia

Sería interesante

Ver como captaría la visión o la lectura de los rótulos luminosos de nuestro Paseo del Mar, uno cualquiera de nuestros abuelos ya marchado para siempre.

Sería cosa bien segura que él no podría asociar los títulos luminosos a ninguna cosa de las muchas que le rodearon. Porque él no vivió la época actual del cine. — «¿Bahía?» — diría el abuelo. — «¿Cuál?» ¿La de San Pol? ¿La de la Conca? — Y nosotros tendríamos que contar que tal nombre quiere transportarnos a un Brasil de mujeres como las que hemos presenciado en la pantalla, con muchas contorsiones con, mucho cantar y no hacer nada... — «¿Las Vegas?» — ¿Cuál vega, la de Murcia, la de Valencia? — No; Las Vegas americanas, allí donde se cambia de mujer igual a como nosotros nos cambiamos de camisa. Allí donde se juega y se pierde siempre, endulzado por los mimos de unas «vamps» a lo Monroe.

Y así el abuelo iría leyendo: «River Club», «Snipe Club». Luego seguirían notas indicando comidas en idioma inglés, francés, alemán, etc. Vería anunciado que se habla tales idiomas. Oiría saludos entre los de su tierra como: «bay, bay». Tendría que preguntar el abuelo, que significa aquella exclamación y nosotros tendríamos que aclarar que aquello corresponde al saludo que antes ellos se dirigían mutuamente de: «Adios». — No falta más que una cosa, ahora, abuelo. Una cosa que ha empezado a discutirse, porque según parece también es un producto de divisas o de turismo y dicen que cara a esta actividad resulta larga. Esto es la Sardana. Hay quien quiere demostrar que debe acortarse para que ellos, los turistas, no se aburran con los doce o quince minutos de duración tal como tú creada. Falta ahora esto, abuelo, y luego, para redondear, falta que les demos los títulos de las sardanas en inglés, francés, etc.

Sería interesante ver como el abuelo se despediría para siempre de todos.